Año VI — La Plata, 1ª quincena de Noviembre de 1923 — Núm. 108

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Nuestras bombas

En el viceconsulado español de esta ciudad estalló una bomba la noche de 28 de Octubre. Rompió paredes, vidrios y mosaicos, según dicen los diarios locales. Ya de esto está enterado todo el mundo.

Pero hay en la crónica de «El Día» una referencia que causa risa y asombro. Veamos el párrafo: «Un empleado de investigaciones, que anteriormente intervino en hechos similares, manifestó que las características de la bomba son semejantes a las usadas por la agrupación ácrata Ideas».

Risa, sí, nos ha causado la noticia. Se ve que el decano de nuestros diarios locales está chocheando, pues ignora que en La Plata jamás estalló una bomba de tales «características» y se ha tragado la píldora que ese perspicaz «empleado de investigaciones» le preparó tan bien.

Protestamos de tanto celo periodístico y de tanta malicia policial. Aquí, o sobra la insidia de los pérfidos o falta el honor de ser verídicos. La agrupación «Ideas», de la pacífica ciudad de La Plata, no cree en la virtud de ciertas bombas ni fué hasta ahora capaz de fabricarlas. Protestamos, pues.

Nuestras bombas es nuestra elocuencia oral o escrita, y ésta es tan poca, tan triste, tan precaria, que a veces, desesperados ante el vacío que nos hace el pueblo, nos dan ganas de volvernos diputados (como hay uno, ex anarquista, en la cámara provincial) para hacerle sentir a ese mismo pueblo, por medio de las leyes que inventaríamos entonces, cuánta razón tienen los anarquistas en cuanto al respecto le dicen siempre en cualesquier tribuna.

Pero, bromas aparte, aquí, como lo hemos dicho, o sobra la insidia o falta el honor. «El Día» no sabe nada de la historia de La Plata y su «empleado de investigaciones» ha caído de la luna. Total, ni medio, ni una sola palabra de verdad. Y sigue la honradez brillando por su ausencia.

Desde "la tumba de los vivos"

A mi madre

Madre: no llores. Desde el inmundo lugar en que me encuentro, un tormento causa dolor a mi alma, mucho, muchísimo mayor que el material dolor que me produce el nauseabundo y tétrico calabozo, y es el saber que tú lloras, madre, que tu sufres, madre, por tu hijo que se halla separado de tí, no por acuerdo de ambos, después de una cariñosa despedida, sino por la voluntad brutal de aquellos que por hoy todo lo pueden.

Pero no llores, madre; tus lágrimas son como gotas de sangre que disminuyen mi corazón. Reacciona ante el dolor de esta separación pasajera, que yo también he reaccionado y he buscado en mi conciencia la justificación de tanta infamia.

Madre: una vez más en la vida purgan dos hombres en la cárcel el *gran delito* de tener pensamiento propio; sí, madre, no es otra la causa, sino ésta, que me separa de ti: ser anarquista. He aquí mi gran delito: ser anarquista, palabra que causa pavor a los «hombres normales» de nuestros días; pero no el pavor que produce al ser humano el peligro de su vida, ni el que provoca la dinamita, cuyo significado procuran darle torcidamente, sino un pavor más grande todavía: el de pensar que la anarquía significa para todos los prepotentes y poderosos, la pérdida de sus privilegios y la igualdad y el amor entre todos hombres.

Sí, madre, créeme: tu pesar es lo único que me hace sufrir y no lo material de lo que me rodea, pues contra ello ha reaccionado mi pensamiento, mi pensamiento que no está aquí encerrado entre estas cuatro paredes, mi pensamiento que está libre, que está entre los míos, con los compañeros, con toda la muchachada que quiero, siempre batallando, que se halla en todas partes, que vuela y vuela muy alto, salvando obstáculos, enfrentándose al porvenir con que he soñado, con que soñamos todos los anarquistas. Tu hijo.

Comisaría 3ª. EDGARDO RICETTI.

ANTE EL PATIBULO

Crónica de un espectador

Salen de sus celdas al pasadizo angosto.—¿Bien?—«¡Bien!». Se dan la mano, sonríen, crecen.—«¡Vamos!» A Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas; les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca; abajo, la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; adelante va el alcaide, lívido; al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente; Fischer le sigue robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás, a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa; las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies, el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel que hace reir con su chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons; les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bugías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: «La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora». Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: «¡Este es el momento más feliz de mi vida!» «¡Hurra por la anarquía!» dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario, hacia el alcaide, las manos amarradas! «¡Hombres y mujeres de mi querida América»... empieza a decir Parsons... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons, ha muerto al caer, gira de prisa y cesa; Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere; Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga; Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de nueces, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea, y al fin, expira: rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

***

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas. Chicago asombrado vió pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás, que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirios y clavelinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas—y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto,—y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres,—«¿Qué es la verdad,—decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso,—¿qué es la verdad que desde que el Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que en sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia, ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!»

Nov. 11 de 1887. JOSÉ MARTÍ.

De los postvirtuosos

No puedo sufrir a los arrepentidos. Son para mi, gente imbécil que se merecen todas las penas de que se lamentan culpando de ellas a su pasada inexperiencia.

El arrepentido es un ente miope, que no aprecia del «pecado» sino el dolor, de lo positivo, la negación.

La gran virtud de pecar, esa virtud de la vida que va derecha a su fin, no tiene para los arrepentidos valor ninguno. Ellos son de los que dicen que «en el pecado está la penitencia», como el dolor en la herida y la justicia en la ley.

¿Que el momento de arrojo, que el instante supremo, que el acto afirmativo, por ser lo único intenso fué lo más, sino también lo único verdadero de sus vidas? ¡Bah! aquello no pasó de ser una locura,—exclaman con pesadumbre y con desprecio.

¡Ah, si volviera a ser joven!—dice tristemente el anciano. O lo que es lo mismo: no me entregaría a nada ni a nadie, cuidaría mi juventud, viviría encerrado en mi, como una ostra en su concha. En una palabra, sería un viejo con menos años.

¡Ah, si tornara a ser virgen!—gime lamentándose la engañada. O lo que es igual: ahogaría mis impulsos, mataría mis sentimientos, sería estéril para el amor. En suma, que su virginidad valdría menos que el montoncillo de estiércol fecundatriz.

No puedo sufrir a los arrepentidos. Son seres negativos que viven mascullando maldiciones; abominables virtuosos que se merecen el dolor de que se quejan y que no fueron nunca dignos del único momento verdaderamente espléndido de sus vidas.

No me den a mi entes quejosos de su pasado intenso,—ancianos o engañados o tránsfugas de ahora, que ven en cuanto dejaron a sus espaldas, vibrando sobre la vida, un signo de estupidez o deshonor.

Denme, sí, de aquellos tipos que cuando añoran lo pretérito, es solo para decir: Si volviera a comenzar, repetiría mi vida, sería loco otra vez, me daría nuevamente al hombre que tanto amé, me entregaría de lleno a la causa que defendí.

De los arrepentidos es el reino de los cielos,—ha sido profetizado. Y es cierto, como se ve, pues el cielo está vacío y la existencia de los arrepentidos es una vaciedad poblada de suspiros, lamentos y maldiciones.

F. DEL I.

El racionalismo como factor revolucionario

El racionalismo es considerado por los anarquistas como factor revolucionario porque, precisamente, se halla desprovisto de toda orientación doctrinaria, permitiendo así que las facultades de cada individuo se desarrollen libremente según sus inclinaciones.

Nada más acorde que esto con el concepto anarquista de la libertad, ni nada más en desacuerdo con dicho concepto que pretender hacer del racionalismo una escuela tendenciosa. Muchos quisieran que en las escuelas racionalistas se enseñara a los niños a ser anarquistas.

Sería oportuno preguntar: ¿es acaso necesario enseñarle a un niño a ser libre y a ser bueno, a ser solidario y a asociarse?

El que tal cosa afirma da un mentís rotundo a la idea, aceptada hoy por los anarquistas, de que la solidaridad, el espíritu societario y la libertad, son instintivos en los individuos y que si hoy se hallan casi desterrados de la humanidad, es debido únicamente a que la sociedad los ha destruido con su organización que ha tergiversado los instintos naturales del hombre, convirtiendo a éste en una máquina de producción.

El racionalismo, aceptando como naturales esos instintos de los individuos, no cree necesaria la intervención de ninguna doctrina más o menos avanzada para lograr que despierten en los hombres todos los valores morales hoy aletargados.

Cree que los individuos, arrancados al ambiente que los ha envilecido, tornarán a ser buenos con solo colocarlos en otro natural, en el que puedan dar rienda a sus instintos sin temor a coacciones limitadoras.

Imaginaos a un montón de niños y niñas a los cuales se arrancase a la influencia perniciosa del hogar, de la calle y de la escuela oficial o eclesiástica, trasplantados a un ambiente de libertad y de amor donde pudieran obrar libremente, donde en lugar del puntero del maestro hallaran la sonrisa afectuosa del amigo mayor, donde en lugar de refrenar sus impulsos se les encarrilara para hacerlos lo más nobles posible.

Imaginaos ahora a ese núcleo de niños que habiendo pasado su infancia en ese ambiente, salieran de la escuela hechos ya hombres y mujeres, volviendo al mundo «civilizado» trayendo en el corazón el ansia del amor y el sentimiento de la libertad. Chocarían con todos los intereses mezquinos, con toda la doblez de este mundo corrompido. ¿Y qué resultaría de ese choque? Fácil es presumirlo. El nacimiento de la rebeldía de los buenos contra la maldad de los otros, la lucha del libre contra el tirano. Surgiría, en fin, el rebelde, el anarquista.

Los que gustaron la libertad no se avendrían nunca a ser esclavos. Y para ello no fué necesario que el

maestro racionalista inculcara en sus cerebros la idea de la anarquía, ni que les hablara siquiera de libertad, sino que bastó que les dejara libres, para que naciera en ellos el ansia de vivir siempre así y con esa ansia, el afán de combatir contra todo el que intente coartar su libertad.

Hemos puesto en sus manos un tesoro con el cual se han encariñado y por cuya posesión lucharán hasta morir.

El día en que por medio de ese sistema logremos hacer surgir rebeldes, es cuando más convencidos estaremos de que las ideas anarquistas son nobles, son buenas.

Ensayarlos no estaría demás.

Procuremos por todos los medios fundar *escuelas racionalistas* y dejemos los cánones que nos impusieron hombres que fueron buenos en sus tiempos pero que también se equivocaron.

VIGENTE A. FAVIERI.

Por Matheu y Nicolau

Solidaridad

He aquí dos víctimas más del actual sistema social, dos prójimos, dos semejantes nuestros que no tardarán en ser «ajusticiados», según la expresión burguesa, si la protesta viril del proletariado internacional no se manifiesta a tiempo y resueltamente.

Acusados como autores del asesinato del ex presidente de ministros de España, Matheu y Nicolau serán sentados en el banquillo de los reos. Y no nos quepa la menor duda que lo serán, si, como decimos, la protesta del proletariado internacional no estalla en forma amenazadora y oportunamente.

No es el caso de discutir ahora si Matheu y Nicolau tenían razón de erigirse en jueces del ex presidente de ministros de la jesuítica España.

Por otra parte, no está ni remotamente probado, según la defensa, que ellos sean los autores del hecho que se les atribuye. Pero aunque lo fueran, el proletariado militante y los anarquistas especialmente, debemos de estar con ellos.

¡Solidaridad!

Dos hombres que en nombre de la justicia fueron arrancados del taller y del hogar para llevarlos al patíbulo... ¿Pero no es ésto monstruoso? ¿No es suficiente motivo como para que las conciencias se rebelen y estallen en mil formas distintas contra tamaña injusticia?...

Son dos hombres como yo, como tú, como aquél de más allá, compañero. No les niegues ni les regatees tu solidaridad.

Son dos hombres jóvenes y trabajadores como vuestros hijos, madres. ¿No creéis que es necesario defenderlos?...

¿Imposible?... No, no es imposible arrancarlos a las garras del verdugo y devolverlos a la libertad y al trabajo. Querer es poder.

Por lo demás, no hay nada imposible para un pueblo que está fuertemente posesionado del concepto de solidaridad. Ni reyes, ni ejércitos, ni demás fuerzas conservadoras son capaces de impedir la marcha de los pueblos, cuando estos se proponen conseguir alguna cosa que creen justa.

¡Solidaridad!

He aquí el arma con la que se puede obtener la libertad de Matheu y Nicolau. ¿Que no? Probemos a esgrimirla con inteligencia y decisión, y veremos que no habrá verdugo capaz de tronchar tan preciosas vidas como esas de Matheu y Nicolau.

¡Solidaridad, pues, solidaridad y solidaridad!

SEGUNDO DEL RÍO.

25 de Mayo, Octubre de 1923.

Tenía hambre... y robò

En la casa de la calle Paraguay se realizó la reconstrucción del hecho a raiz del cual fué muerta de una puñalada la mujer Istera Brohooska.

A José Angel Rojas una situación de miseria, abandono y privaciones lo determinó a concurrir a la citada casa, donde la exigencia de dinero por parte de la víctima produjo la crisis nerviosa que lo impulsó al crimen.—DE LOS DIARIOS.

Los demacrados contornos humanos, en la buhardilla sin lumbre, se retuercen doloridos por el deseo intenso. El frío hostil del cuartujo le lanza a la calle. El codiciado libro, tras un escaparate, aviva con el deseo, el dolor. Vagando, camina. Los agradables tufos de una «Rotisserie» le detienen. Extraños pensamientos cruzan por su mente aguijoneada por el hambre. La seda de una capa señorial roza sus carnes entumecidas, sin un cálido abrigo. Marcha vacilante. El dicterio hiriente del conductor de una lujosa berlina le arranca del marasmo en que se halla sumido, y huye a la callejuela solitaria, sin rumbo, afiebrado; la sangre se agolpa en sus sienes, inyectando los ojos. Una sombra se le acerca, ¡será un hermano, o [illegible]bundo, quizás! La voz desc[illegible]ta le pide caricias... y [illegible] El hambre habla al hambre. Y el personaje de «Hambre» de Knut Hamsum, corre de nuevo a la buhardilla y describe trazos negros en las cuartillas blancas. ¡Hambre de libro, hambre de pan, hambre de abrigo, hambre de mujer, que grita dolorosa en las carillas!

***

Tal el drama de José Angel Rojas. Sentía la fiebre de los sentidos en su carne joven. Y era pobre, no tenía dinero y no podía tener amor, porque las rentas deben basamentarse en el beneficio de las partes ¡y nadie fundiría su alma y su carne con un pobrete, con un sin porvenir! Pero él sabía que tenía derecho al goce, aunque éste fuera relajado por una sociedad mercantilista y una moral degradante y fué al prostíbulo. Pero Istera Brohooska, su «querida» circunstancial, tenía hambre también. Tras la puerta del dormitorio, un hombre desalmado acechaba su salida para lanzarse sobre la prostituta y arrebatarle la paga. E Istera lo sabía, sentía sobre sus carnes fláccidas los golpes del «caficio»; y rogaba, se acercaba, ora acariciadora, ora amenazante a su «cliente». Había vendido su amor y quería los cobres estipulados, los conquistaría a cualquier precio. Istera y Rojas se encontraron frente a frente. El «Hambre» miró de frente al «Hambre». Y la prostituta, blasfemante aun, cayó al suelo, bañada en sangre.

***

Como el mendigo que roba un pan, Rojas tuvo el gesto valiente de poseer lo que la sociedad le negaba. Pero exaltado por el deseo olvidó que era a la hermana a quien robaba. No recordó que en los palacios plurilitud de jóvenes se pierden en la anemia, víctimas de esos mismos placeres solitarios y necesidades contenidas que él, en un deseo de salud, desechara. ¡La violencia en la posesión, cuántos agradecimientos le hubieran valido! Su puñal, ¡cuánta justicia podía haber realizado sobre la tierra!

L. M. J.

AL IDEAL

Corre, vuela, vuela con invisible ala, sin sosiego ni desventura. Vuela hacia el llano, a las alturas, hacia la obscuridad, hacia la luz. Y que tus blandas alas no cesen de batir, brindando caricias, inspirando esperanzas, forjando sueños, creando ilusión. Vuela y háblale al corazón del que sufre, aliéntalo en la cruzada, en la ruda lucha; y, al contento, al satisfecho, háblale de los dolores, de las amarguras, de los que lloran... de los hermanos caídos... Vuela y que de tus alas hendiendo el espacio, surja un canto de amor, amor que pula las asperezas, que trueque los egoísmos, que mate los enconos, que salve el abismo...

——

Hacia allá, hacia la turba obscura, lánzate intrépido, llevando la esencia, el néctar de tu alma que sólo canta a la vida...a la libertad. Y en el corazón que ruge una venganza, en el cerebro que plasma la revancha, en los nervios que se crispan, en la sangre que hierve, mata del odio el germen y obra lo puro, lo elevado, lo hermoso, lo bienhechor.

Que obre siempre la justicia, que jamás triunfe el odio. La justicia es arma de los buenos, de los grandes; el odio es de los tiranos o de los esclavos.

——

Hacia allá, hacia las madres que lloran, que tienen lleno de angustia el pecho, hacia esas que soportan con resignación todo el peso de la esclavitud humana, hacia aquellos que se desvelan junto al hijito, carne de sus carnes, que pugna por arrebatar la muerte, que ven con ojos angustiados la llegada de su «dueño» azotador, que jamás sintieron resbalar sobre sus labios un beso de hermano, que todo lo saben de tristeza pero nada de dicha, hacia esas que se consumen junto a su máquina para alcanzar un trozo de pan, a ellas susúrrales muy quedo una armonía de bonanza que reconforte sus espíritus abatidos, que temple sus esperanzas, para que surja de sus labios, como flor del capullo, una sonrisa de amor. Hacia aquellas con cabellos de plata, abuelas ya, que marchan de prisa al encuentro de la muerte, que están muy tristes porque la vida les fué siempre obscura, porque jamás soñaron, ¡vuela, vuela y diles que a sus seres queridos, que los que de sus entrañas son flores, les esperan días mejores, días de felicidad, días de amores, días sublimes, días cuajados de fraternidad!

——

Hacia allá, hacia aquellas parejas que entrelazan sus manos, a ellas que son de la especie un retoño que colmará de flores el jardín del amor, a esas que buscan desde el fondo de sus ojos un manantial de ternura, que de sus labios entreabiertos emana el ardor de las entrañas, haz que vivan libremente, que jamás manche la suciedad del centavo, sus almas puras; haz que construyan su nido como el ave entre gorjeos, sin cotizar a ningún precio lo que más noble hay sobre la tierra: el amor.

Haz que luchen denodadamente en este mar de mentiras y maldad, cual buque en medio de un mar bravío, que azotado por las olas sigue su derrotero y avanza... avanza.

——

Hacia allá, a la mansión del opulento, hacia los palacetes que son testigos mudos de muchas orgías, a ellos penetra sereno, templa tu lira y canta estrofas llenas de verdad; y, si eres desoído, desata tus furias cual aquilón soberbio; y si aun te faltan fuerzas, deja prueba de tus pujanzas que en un futuro no lejano, estarán centuplicadas; y entonces, si no la justicia, hará la fuerza conmover a esos pechos de piedra; no vibrarán las cuerdas del sentimiento mas si las del pavor. Y cuando ya caídos los tiranos, muertos ya los ídolos, haz tu obra, haz del ensueño realidad.

SANTIAGO OPIZZO.

Rosario, 8/10 1923.

El miedo a la libertad

Nos hemos acostumbrado tanto a la estrechez de las pequeñas «libertades» burguesas, que nos resulta difícil la comprensión de la vida libre en toda su amplitud y, aunque nos duela el constatarlo, el sentido de la libertad limitada está aun hondamente arraigado.

Se han constituido, por un comprensible proceso de herencia, en fórmulas absolutas, la necesidad de la dirección de nuestros actos o de los demás, y resulta ahora difícil destararse de las deficiencias del arcaico medio actual, desde que la vida de los pueblos se ha amamantado en toda una sucesión de hechos anteriores, de símiles características, del gobierno de uno o de unos sobre todos. Y es aun más difícil sugerir la apreciación de la concepción de una sociedad totalmente libre, cuando el medio externo diario se opone en todas formas a ella, máxime cuando se trata de transplantar las ideas que entregamos al futuro, al presente, vivificándolas en su realización.

Son las fórmulas categóricas, definitivas, las que espantan. Todos los pueblos anteriores a los nuestros han apreciado valores de libertad y el Prometeo de los comienzos de la civilización ha lucido en todos los tiempos en hombres y actos heroicos. Pero cuando este sentimiento se ha generalizado aposentándose en el corazón de la masa popular, consiguiendo asi con la razón y la fuerza de los más—o de los más atrevidos—imponerse, la libertad que se agitara en la lucha ha sido limitada, cercada, encajonada, cercenada.

Han quedado en el camino de los siglos muchas testas coronadas abatidas por la acción revolucionaria, muchos pueblos verdaderamente soberanos y aptos para resolver su propia felicidad, insurrecciones triunfantes, pero nunca la total, la absoluta libertad. La historia no es más que eso: avalanchas populares en avance y en retrocesos, grandes pensamientos salvando siglos, elevándose por sobre la ignorancia, traspasando las noches de los pueblos, gestando auroras. El pueblo ha sentido en su ignorancia todos estos aleteos del pensamiento y ha sabido también elevarse, pero ya triunfante, las ideas definitivas, radicales, le han espantado y al día después de ensangrentar un trono, le llenaba de guirnaldas para asentar a un nuevo agente de autoridad contra el cual, al poco tiempo, tendría que rebelarse.

La revolución francesa y la revolución rusa son la expresión más o menos cercana de estos hechos. Falta atrevimiento, fuerza motriz en las alas que nos elevan siempre a ras de la tierra y no por encima de las montañas. Se cree que la libertad es como el oxígeno, que se puede guardar en recipientes y administrar por dósis, *poco a poco*. Se ha graduado la libertad, y miles de tendencias se obstinan en mantener ese sentido de la libertad limitada, no ya por los más fuertes sino por los más inteligentes o por los que creen ver claro en el actual caos social.

Se presiente el gran día. Se sabe que él llegará. Nadie sabe cómo, nadie sabe cuándo, pero se le espera o se le teme. Se sabe más; se sabe que lo que viene no es obra de un poder extrahumano o consecuencia de un fatalismo. No, la responsabilidad de la obra es lo que nos atormenta. Los que renegaron de la vida libre quieren modelar la arcilla fresca, cubriendo de velos el desnudo, desfigurando la pureza de la forma. Son los nebulosos, los mediocres, los reformistas, el lobo que se cubrió con piel de cordero y se coló en nuestro parque, los que quieren envenenar nuestras fuentes y pisotear nuestra tierra úberrima, tratando de convertirla en páramo. Su voz nos resulta hueca, es falsa; sus modales nos parecen fingidos, son amanerados; todo él nos causa desconfianza; es que es hipócrita. ¡El monje, compañeros! Nos sonríe pero nos engaña. La libertad no se puede ejercitar en la sociedad burguesa, no podemos conferirle al ignorante que está con nosotros, iguales derechos; la libertad, poco a poco. Y ese terrible «poco a poco» nos martillea en el cerebro, nos pone en guardia, porque, si somos anarquistas es porque queremos *toda* la libertad, integral, para todos, porque no nos sentimos propietarios de las ideas o de sus finalidades, porque queremos la anarquía, la plena libertad, hoy y mañana y siempre.

Cuando por todos lados el cieno nos empalaga; cuando por más que escrutemos en el mundo burgués, todo es niebla, es retroceso, es autoritario; cuando en cada hombre que llamamos hermano encontramos sentimientos reptílicos, es duro, es difícil, es posible solamente en el anarquista convencido, ser optimista y más aun, estar saturados de optimismo como para poder transmitir a otros nuestras esperanzas.

La crisis por la que atravesamos nos hace más estudiosos; quizás, nos decimos, el gran movimiento anarquista pasado, del cual tanto mentamos, no haya existido nunca. Revolucionarismo, si; ideas medianas, si; mucho grito a las masas, si, pero firme convicción anarquista, sentimiento pleno de libertad, lo dudamos, lo negamos. El mar, en su reflujo, deja en las playas el material que su olaje arrastrara. ¿Qué botín dejó la pasada marea? ¡Autoritarismo, formas encubiertas de autoritarismo, que todavía, cuando profundizamos los pensamientos, merodean en nuestro campo; medidas necesarias, transitorias en el régimen burgués, la libertad por gotas, lo de hoy para el futuro, una barrera entre la sociedad burguesa y la sociedad anarquista, lo malo de hoy—moral y material—que por la sola virtud de los «hechos, será bueno» mañana! No nos convencen. Si bien el hombre en un medio libre será bueno y se *acostumbrará* a la libertad, los valores morales no se trastruecan plenamente en la paz, luego del aluvión que arrasará todo lo actual. Los anarquistas debemos romper la barrera entre el hoy y el mañana, ejercitando la bondad y la belleza del futuro en el presente, creando individualidades totalmente libres y siendo libertario en las diarias relaciones dentro de la sociedad burguesa. Mantengamos siempre vivo nuestro fuego de libertad y no transijamos en su aplicación y en la confianza de su bondad. ¡Sí, sí, la plena, la integral, la absoluta libertad, hoy y mañana y siempre!

J. M. L.

Contraste humano

Mientras los seres más selectos, y la minoría de estos, se esfuerza en llevar a todos los lugares por ellos frecuentados, la savia de sus cerebros, para que ésta misma savia se infiltre y se desparrame con la aceleración debida por el universo todo donde habita la gran familia que componen los desheredados, los que producen todo para no poseer nada, vemos, constatamos con dolor sumo, manifestaciones burdas, surgidas del corazón del «¡gran pueblo!»—de ese mismo pueblo que ha llevado a tantos mártires al Gólgota, que defendieron sus sagrados derechos pisoteados.

Ese pueblo culpable de llevar a tantos seres al máximo de sacrificio, es el mismo que hoy vemos yacer en la más negra noche de ignorancia, pe-

reciendo al propio tiempo en la inmunda y baja ruindad, sin fuerza, sin voluntad para aceptar lo bueno.

El mal tiene siempre más adeptos que el bien. Prácticamente, se observa este resultado. Claro está que no se observa en ningún ser amante del saber, ese resultado; por el contrario, dichos seres luchan sin cuartel, tesoneramente, por saturar de valores morales, a la humanidad toda, que vive adolescente de ellos.

Y bien, pues. Como el mal tiene más adeptos que el bien, ocurre lo que nosotros no quisiéramos que ocurriese. Y va un ejemplo:—En Buenos Aires, el 14 de Septiembre, hemos tenido oportunidad de presenciar una manifestación monstruo, para rendir homenaje a los brutos de la trompada: Dempsey y Firpo. Varios días antes del match y el mismo que se llevó a cabo, tuvimos a todo el periodismo de la Argentina, (salvo una excepción que otra) ocupado exclusivamente en elogiar a tal o cual boxeador, poniendo de relieve, con semejante actitud, su mercantilismo bajo a toda prueba. La farandulería triunfó con marcado éxito en ese día 14 de Septiembre.

El bruto que más sufragios y satélites tenía el día del match, fué Firpo, en la Argentina. Tal es así, que ya todo estaba listo para después del triunfo, que era «una fija». Se constituyó una comisión pro homenaje, la cual terminó su misión en el mismísimo instante en que Firpo rodó por tierra a consecuencia del morrocotudo macetazo del comentado bruto Dempsey. Los diarios más fanfarrones agotaron aquel día sus ediciones. «Crítica» sobresalió entre todos, lanzando cinco ediciones. Hubo personas que por un ejemplar de las últimas ediciones, pagaron la friolera de cuarenta centavos, por lo que no vale comunmente ni diez. (Tal vez sería porque Firpo cantó con guitarra en dicho diario los versos del popular Martín Fierro). Una inmensa multitud agrupada, semiasfixiada, ante las pizarras del diario «La Nación», pedía a voz en cuello la cabeza de Dempsey; otros, recorrían el centro de la ciudad con un cartel bastante grande, donde había pintado un hombre muerto de una trompada, que venía a ser Dempsey, y su pegador Firpo. Con ese cartel iba la gran farándula con velas encendidas, «velando al muerto del cartel».

¡Contraste humano! Mientras se realizaba todo lo expresado, se hallaban los seres nobles, trabajadores del bien común, pujando tesoneramente, como titanes, por redimir, por hacer algo en favor de la humanidad presente, que vive y aplaude el salvajismo, descuidando lo esencial: la educación, la cultura, cosas necesarias para la vida sana, único baluarte del sumo pensamiento que propaga una minoría capacitada. Pero todo ésto, no lo entienden los mercachifles de hoy día, ni esa mayoría aplastante que va con carteles, pidiendo la cabeza de Dempsey, y simbolizando a Firpo en un bravío toro.

PEDRO FABEIRO.

Alrededor de la violencia

Propaganda y propaganda para persuadir en los momentos de quietud, de esta quietud relativa, muy relativa, en que, a las buenas o a las malas, vivimos. Entonces debemos tratar a los hombres como a amigos, como a hermanos, desde la altura en que nuestro ideal nos depara, intelectual, moral y materialmente. Y «tutti contenti».

Pero cuando un principio de lucha haya en el camino, sea ya éste originado por una huelga, (parcial o general), por un motín de cuartel o por una chispa de rebelión cualquiera, sólo el garrote vale contra el que nos traiciona; palos y palos contra el enemigo, enemigo que casi siempre gira alrededor del burgués, del carnero y del cosaco.

Contra burgueses, carneros y cosacos, pues, no hay persuasión posible. No puede haberla contra quienes nos golpean. Estos elementos se hallan dentro de la guerra social y como a enemigos forzosamente hay que tratarles. El burgués es burgués mientras que, por explotarnos, frente a nuestra propaganda persuasiva, pone los oídos dentro de sus intereses creados, y continúa explotándonos. El carnero es carnero desde que, aliándose al enemigo, se declara (no es preciso que hable en todas las ocasiones) nuestro adversario (pese siempre a nuestra propaganda) y nos traiciona. Y el cosaco es cosaco y será cosaco, mientras que, por defender a burgueses, carneros, etc., nos machetee...

Ahora, una aclaración. Se tiene, erróneamente, entre nosotros, muchas veces, al carnero, sólo por el Judas de un movimiento huelguista y al cosaco, por el «guardia de seguridad». No es así empero. Es carnero tanto el obrero traidor de una huelga, como el soldado que no hace causa común con sus compañeros en un motín de cuartel, o como cualquier hombre que traiciona un acto revolucionario. Lo mismo, en el cosaco no solo está «el guardia de seguridad»; cosaco es también la autoridad mercenaria del machete.

Así las cosas, a la violencia de los de arriba se impone la violencia de los de abajo. Por eso es que estamos concordes en que las huelgas, medios muchas veces criticados y hasta reprobados, de lucha, deban ser violentas. Ya no resulta el misticismo de un cruce de brazos...

Es muy cristiano eso de: «a quien te pegue en una mejilla preséntale la otra»... para que te refriegue otro golpe.

Alcanzamos a entender, sin embargo, que con las huelgas no se consigue mucho; eso es fácil comprenderlo; pero, algo se consigue siempre. De lo contrario no las aceptaríamos. No nos referimos, con seguridad, a la conquista del centavo; ello poco o tal vez, nada nos pueda interesar. Nos referimos a algo más noble: la propaganda de nuestras ideas, y el ejercicio revolucionario que las huelgas implican.

Del triunfo de una huelga depende la mayoría de las veces el triunfo de una propaganda. Sería ridículo pretender objetar de que en un cuerpo desorganizado y endeble pueda ser más eficaz, por más intensa que fuese, la propaganda anarquista, que en otro organizado y predispuesto ya para la lucha. En cuanto a la gimnasia revolucionaria, creemos que no cabe objeción alguna.

Y, he ahí explicados nuestros deseos, a más del otro muy humano ante la visión del hambre con el fracaso, por el triunfo de una huelga.

Es triste, es dolorosa la violencia, aun contra la violencia; pero es inevitable. «Ellos» lo quieren.

El charquito de sangre proletaria y el reguero de la sangre de un cosaco, contra la opinión de algunos compañeros, no nos demuestra más que las consecuencias de esta lucha social porque atravesamos. Violencia contra violencia.

Quizás el día en que haya muchas, pero muchas cabezas de cosacos rotas, se acabará o al menos habrá la perspectiva de ello, con este régimen de autoridad y dictadura.

CARLOS V. C.

Avellaneda.

Agr. Anq. "Amor, Ciencia y Libertad"

Ponemos en conocimiento de todos los compañeros en general, que tenemos en prensa el folleto de gran actualidad de **E. Giraut**, titulado: **Trabajador, no votes. Soldado, no mates.** Y en venta el de **M. Bakounine** cuyo título es: **Patriotismo.**

Cada ejemplar 0.10 centavos. Por cantidades mayores de 20 ejemplares, a 0.06 centavos cada uno. Los pedidos, acompañados de su importe, a nombre de José Fernandez Otero, calle Leones núm. 4382, Bs. Aires.

CANCION de VIDA

(Poema en prosa)

Es en un día de sol, en que ríe la vida, cuando han querido llorar por los muertos. Y hacia un campo sembrado de cruces, y de altos cipreses austeros, va alegre, animoso, con ramos de flores, el pueblo: las viejas, los mozos, las mozas, las recias matronas y los viejos decrépitos...¡Todos rejuvenecidos,—que el cielo es azul, y primavera florece en el prado y el huerto.

***

Y es de romería el camino, y es una romería el cementerio. Las mohosas cruces, los podridos leños, los mármoles fríos y los troncos negros, se han enguirnaldado y parecen negar a a los muertos.

***

He visto que sobre una tumba, tres doncellas núbiles, desgranaban en lágrimas el dolor de sus pechos. Y eran como lirios sus manos, como rosas sus caras, como tallos sus cuerpos.

He visto a una viuda llorar al esposo, y al lado reían los hijos,—capullitos tiernos.

He sentido gemir a parejas, que eran promisiones de retoños nuevos, y luego, al seguir el camino, vi que se cambiaban, en miradas, besos...

....

***

En un día de sol, en que ríe la vida, han querido llorar por los muertos; y es, aun con llantos y lutos, como una romería el cementerio.

¿Ves? Por el camino que es de romería, vuelven viejas y viejos, núbiles doncellas y apuestos mancebos; sin los ramos de flores, que ya están marchitos, con la flor de la vida riendo en los pechos.

Bs. Aires, Noviembre 1º 1923.

C. DELGADO FITO.

Habla la historia

Desde las densas sombras del pretérito, hubo una chispa resplandeciente, cuya luz sirvió para orientar a la salvaje humanidad.

Un teorema de Sócrates, una tragedia de Esquilo, un lienzo de Apeles, una escultura de Fidias, una chispa de genio, le indicaron las perspectivas del porvenir.

Desde entonces, y cada vez con mayor conciencia, la humanidad marcha por el camino de sus grandes realizaciones. Marcha a su liberación definitiva, venciendo todos los obstáculos que encuentra a su paso.

Cristo en la cruz, Giordano Bruno en la hoguera, los mártires de Chicago en las horcas y Kurt Wilckens asesinado cobardemente en la Penitenciaría de Bs. Aires, son un fiel exponente de la humanidad que avanza aventando prejuicios, tumbando ídolos, allanando obstáculos.

Frente a ella, con gesto huraño y agresivo, el Capitalismo y el Estado con sus ejércitos, sus armadas, sus policías, sus prostíbulos y sus cárceles, se alzan... ¡Fuerza, ignominia, explotación y barbarie! ¡Todo, injusticia y crimen!...

Contra todo eso están las organizaciones anarquistas con sus tribunas, sus bibliotecas, sus publicaciones y su ideal relampagueante de solidaridad y belleza, que dice: ¡Aquí estamos siempre! Dispuestos a sacrificar nuestra existencia por la conquista de la libertad y de la vida! A la razón de la fuerza queremos suplirla con la fuerza de la razón. El orden, para ser orden debe ser, por lógica, natural y no impuesto por el fusil y la bayoneta. Donde hay imposición hay obediencia y nosotros queremos ordenar la vida de manera que no haya quién imponga ni quién obedezca. En síntesis, queremos organizar la sociedad humana, humanamente, de modo que no haya descontentos, que a nadie le falte pan, libertad, amor y ciencia, como diría Malatesta.

Y partiendo de ese principio humano, lógicamente indiscutible, los pueblos avanzan por el camino del progreso, ávidos de alcanzar su ideal de justicia, de fraternidad y de vida. ¡La Santa Vida que pervierten los malos hombres y hasta los indiferentes, porque con su indiferencia hacen que subsistan por más tiempo el Capitalismo y el Estado, causantes directos de todos los males que actualmente afligen a los pueblos, especialmente a las multitudes productoras.

Mañana, cuando las organizaciones revolucionarias a fuerza de activar e intensificar su propaganda hayan hecho mayor conciencia en el corazón de los pueblos, éstos harán que la chispa luminosa del ideal distante, se convierta en hoguera destructora de todos los males sociales.

PEDRO DARIO FUSCO.

Mundo, demonio y carne

En sentido católico, mundo significa el tumulto exterior y la afición al goce más asequible y directo. Huir del mundo significa hacer vida retirada, entrar en un retiro apacible y despreciar la exterioridad decorativa. Cuando un gañán no quiere trabajar, estudia cuatro latines y entra en las filas tonsuradas. ¿Huye del mundo? No. Se mete en el mundo, porque en la herrería nunca hubiera tratado a nadie y en el convento o iglesia, cuando a deshora, una pecadora de buen ver, quiere confesarse, reñirá con otro tonsurado para recibir las íntimas confidencias de la dama apetitosa. Si la penitente es vieja y fea, solo se avendrá a confesarle cualquier vejete con un pie en la sepultura. Tal es la verdad: que hablen los sacristanes.

El mundo católico es abyecto porque sus tentaciones son las mismas de los juerguistas tontos, repletos de vino caro o de vinazo, lo mismo da, pero tontos.

¿Y qué diremos del demonio, de ese señor que se disfraza de poeta cursi, de niño bien, de murciélago, de suegra, de señorito juerguista o de cualquier cosa por el estilo?

Se le adjudica el cargo de proveedor de tentaciones y sazonador de pecados. He aquí por qué los católicos creen en el diablo: por aliciente de tentación.

Los que no creen en ninguna tentación, han de pecar sosamente. El concepto que el catolicismo tiene de la voluptuosidad, es el que tienen las troteras y danzaderas menos inteligentes.

Hay curitas conferenciantes o frailes tan coquetones, que en cualquier sermón se arrancan por peteneras y regentan el patrimonio de las viudas.

Tratan del escote, de las ligas y del corsé. Con unos remilgos que les harían odiosos a la mujer normal que no va al sermón, claro está, se dirigen a las señoras inconsolables y a las niñas no consoladas.

Sin embargo, ¿no puede haber mujeres tentadoras aun cuando no descubran sus relativamente naturales encantos? Las hay tentadoras por sí mismas, por su inteligencia, por su sensibilidad. Hasta en la severidad puede haber más tentación que en la facilidad.

Pero la Iglesia cree en la tentación cachonda y en ninguna otra.

La Iglesia por boca de sus doctores se ha expresado siempre lamentablemente. No cree en los valores de la inteligencia. Su punto de vista sobre la tentación es el mismo que profesa una tramposa celestina, un patán enriquecido y mandibular y un solterón de setenta años con cocinera joven heredera y documentación en regla. También el de un adolescente pálido que sigue a las matronas voluminosas.

La Iglesia es una matrona y sus hombres la siguen con el sentido mismo cachondo que se sigue una tentación.

En el camino se dibujan contorsiones y meneos cachondos. La curva cerebral se achata. En cambio, la abdominal se comba, y las líneas del estrépito mandibular se apelotonan.

FELIPE ALAIZ.

Glosas al aire

No se trata, en la propaganda, de considerar a los hombres como a amigos o como a hermanos. Ya es suficiente considerarlos como a lo que son: hombres, nada más que hombres.

La propaganda es semilla en nuestras manos, y la semilla no es para guardarla en frascos, como en las exposiciones de productos agrícolas, ni en bolsas, en los galpones, como los acaparadores; la semilla es para arrojarla a la tierra con el fervor de todos los sembradores. Y aun hasta en la duras piedras es necesario sembrar.

No es matando sino engendrando como se construye la vida. Cierto es que aquellos labradores que sacrificaban sus bestias sobre los surcos, realizaban un acto de fecundación: abonaban la tierra con la visión de la cosecha ópima; se prevenían contra la esterilidad, matando.

La sangre es pues fecunda, sin duda alguna, pero el abono que calienta mucho, quema las simientes y malogra la cosecha.

No olvidemos, además, que nuestras mejores victorias son las que conquistamos sobre la violencia, con nuestras palabras o con nuestros gestos que continúan vibrando a través de los siglos, como un ejemplo vivo de energía, mientras la bestialidad dura un breve minuto y cae en el olvido.

«¡Salud, oh tiempos!»—dijo Spies en el postrer instante del verdadero he-

roico sacrificio. Y fué al pie de las horcas que fulguró más bella la aurora fraternal de la Anarquía.

***

Desde que el ideal cristiano fué arrojado de las conciencias, dejó el espíritu de persuasión de ser un concepto necio. La persuasión, como principio moral o filosófico aplicado sistemáticamente como tal en todo tiempo y lugar, es una cosa tan tonta como la violencia esgrimida a toda hora y en cualesquier circunstancia o arrojada a la marchanta.

No es alrededor de los términos absolutos que debemos desenvolver nuestros actos. Y aun menos que menos, si somos seres conscientes.

Abandonemos lo absoluto a los dogmáticos de su propio ideal o de su propia brutalidad y situémonos en el punto relativo de cuantos saben encauzar los primordiales impulsos de la vida, hacia el fin, hacia el objeto que se propusieron. Gobernarse es más digno que ser gobernado, así es el orden externo como en el moral e intelectual.

La persuasión es un medio, como la violencia es otro, que han de ser usados o aplicados a su debido tiempo, con vistas al resultado saludable, y no *por mover la lengua* con la fruición de los charlatanes, como acontece a muchos oradores que nada tienen que decir, o por *darle gusto al dedo*, como es frecuente entre los violentos que, más que acertar, suelen casi siempre hacer trastadas.

***

La huelga como gimnasia, valdría tanto como las marchas y maniobras de los soldados por el simple objeto del ejercicio.

Los soldados son instruidos para la guerra. Y la huelga es una guerra; y si no lo es, no significa nada.

Instruyamos a los explotados, para la guerra, sobre todo, para la última guerra, y es seguro que, entretanto, no habrán escaramuzas en que no triunfen.

El sindicalismo como doctrina de la acción, es social. Lo individual en él, es contingente. Pero no porque sea social debe rechazar lo individual. Si lo hiciera, negaría lo que es también resultado de su doctrina en acción; mas tampoco puede propiciarlo, porque se negaría a si mismo.

***

He aquí ahora un cuento que puede servir para algo, que podría ser útil, especialmente, a todos aquellos que creen en la necedad del propagandista que no anda a los trabucazos vuelta a vuelta con los milicos o con los carneros.

Oigamos el cuento. Una vez un fraile atravesaba un estrecho puente tendido sobre un río caudaloso, cuando al llegar al centro del puente se encontró con un hombre que le disputó el derecho de atravesarlo primero. Este hombre era muy violento, sin ser precisamente un apóstol de la violencia como los que hoy se estilan, y a las primeras palabras le atracó al fraile un sopapo en la mejilla derecha con el objeto de hacerlo entrar en razón. El fraile, consecuente con sus principios, sin ser tampoco, precisamente, un apóstol de la persuasión, le presentó la otra mejilla al hombre, el cual se la durmió de otro gran sopapo. Pero el precepto cristiano no decía más al respecto, y entonces, el fraile, con la misma presteza con que cumplió el precepto, cogió al violento de la cintura y lo arrojó por la baranda al río.

Se puede, pues, alrededor de la violencia, expresar una opinión contraria a la misma, sobre todo cuando sus apologistas llegan al extremo de considerarla como una panacea para todo, pero no es bueno deducir por ello, de manera absoluta, que la opinión contraria encierre negación, completamente, porque nos exponemos, como el hombre del cuento, a ser arrojados por sobre una baranda a cualquier parte.

EFE DEI.

LA IMPOSIBILIDAD DE LAS MEJORAS ECONÓMICAS

El niño y la mujer competidores del hombre.

El empleo de las mujeres y niños en la producción, en vez de beneficiar a la familia obrera, ha contribuido más bien a empeorar la situación económica de los trabajadores.—A. M.

A medida que la perfección de la maquinaria ha ido avanzando, a su vez la facilidad de su manejo ha seguido aumentando; el corto y fácil aprendizaje que ha requerido, ha dado lugar a que la mujer y el niño fueran ocupados en gran escala en casi todas las ramas de la industria, dificultando mayormente la situación económica del hombre trabajador. Al capitalista, a más de reportarle un beneficio económico el empleo de mujeres y niños, le reporta la ventaja de tener bajo sus órdenes a seres débiles y de fácil sumisión a todos sus caprichos y abusos.

Véase cómo se expresa al respecto Carlos Marx, en su libro «El Capital»: «La máquina, haciendo inútil el trabajo muscular, permite emplear obreros de poca fuerza física, pero cuyos miembros son tanto más flexibles cuanto menos desarrollo tienen. Cuando el capital se apoderó de la máquina, gritó: «¡trabajo de mujeres! ¡trabajo de niños!». Todos los miembros de la familia, sin distinción de edad ni de sexo, se doblegaron bajo la vara del capital. De este modo, la máquina, al aumentar la materia explotable, eleva a la vez el grado de explotación». Y concluye diciendo: «Por la anexión al personal de trabajo de una masa considerable de niños y mujeres, la máquina consiguió por fin romper la resistencia que el trabajador «varón» oponía aun en la manufactura al despotismo del capital. Le ayudan en su obra de avasallamiento, la facilidad aparente del trabajo con la máquina y el elemento más manejable y más dócil de las mujeres y de los niños».

Sin embargo, el hecho de ser empleados la mujer y el niño en determinados trabajos, es considerado por algunos como ventaja para la familia obrera; pues dicen que antes el único que contribuía al sostén de la misma era el padre, y hoy, en cambio, con la ayuda de algunos otros miembros de su familia, resulta más desahogada la vida. ¡Cuánta superficialidad encierra este modo de pensar; cuántos perjuicios ha ocasionado esta aparente ayuda al proletariado en general! Pero padres, trabajadores en general, ¿no comprendéis qne si bien vuestros hijos ocupan un lugar en la fábrica, ganando un mísero salario, esos puestos tendrían que ser ocupados por otros obreros y tal vez por vosotros mismos, padres de esos niños?

¿No comprendéis que esa superficial ventaja acarrea momentos muy amargos, porque los hijos resultan competidores de los mismos padres? Se me contestará: «Sí, tiene razón; pero por otro lado, hay que tener en cuenta que no todos los lugares ocupados por niños deberían ser ocupados por adultos, porque, si bien han aumentado los brazos para producir, al mismo tiempo el consumo va en aumento para satisfacer las necesidades de los nuevos pequeños habitantes, y entonces la cosa se equilibra». No es cierto; la producción no sólo no aumenta en relación a la población, sino que el consumo disminuye a medida que nuevos brazos concurren a las fábricas y talleres. El consumo o producción podría mantener el equilibrio en relación al aumento de brazos, siempre que estos brazos vinieran a llenar una necesidad en el campo de la producción; pero, desgraciadamente, no es así. Y efectivamente, ¿para qué sirven los recién llegados, cuando ya los existentes sobran para producir lo que la demanda, (no la necesidad, se entiende) exige?

La máquina, que cada día aumenta su capacidad productiva, tiene forzosamente que desalojar a un número considerable de obreros, los cuales, faltos de trabajo, están obligados a disminuir su consumo hasta un grado ínfimo. S. Faure también así lo reconoce cuando dice: «Toda mejora mecánica aumenta la miseria, porque por un lado hace más intensa la potencia productora de la clase trabajadora y por otro disminuye su potencia de CONSUMO». De «El Dolor Universal».

———

No sólo los desocupados están sujetos a la disminución del «consumo», sino que, los mismos que tienen la SUERTE de trabajar, están obligados a disminuirlo por la rebaja de los salarios, o bien por el menor número de jornales que hacen al mes, por efecto de la competencia de sus ex compañeros de trabajo, los cuales, por la necesidad, están obligados a ofrecer sus brazos a un precio inferior, para tener la SUERTE de que echen del trabajo a otro para que lo tomen a él.

No es cierto lo que afirma J. B. Say, y con él otros economistas, cuando dice: «Difícil es que el salario del obrero sea mayor ni «menor» de lo preciso para mantener su clase en el número de ellos que hagan falta».

Si esta definición fuera exacta, es decir, si el salario bajara hasta un mínimo determinado, el cual mínimo alcanzara para cubrir las necesidades del obrero y su familia, como algunos economistas afirman, entonces la maquinaria no tendría influencia ninguna para aumentar la miseria de los trabajadores, como, a renglón seguido, afirman los mismos economistas; por lo tanto, esa ley fijada por ellos es completamente falsa. «A los capitalistas se les importa muy poco de si los obreros ganan lo suficiente para vivir ellos y sus hijos; bien saben los capitalistas que por más obreros que se mueran de hambre o que se hallen incapacitados para reproducirse, no les faltará gente para explotar; máxime necesitándose hoy tan pocos brazos, debido al empleo que se hace en gran escala de la maquinaria».

A última hora los «mejoristas» no sabiendo cómo defender las llamadas «conquistas de mejoras», y para no negar que el ejército de «los sin trabajo» aumenta, han creado dos cuentos: uno, el de las nuevas industrias para darles trabajo a los desocupados y el segundo, la busca de los «nuevos» mercados en donde colocar las mercaderías o productos que la excesiva capacidad productiva de la maquinaria, empleada en todos los países nuevos y viejos, produce actualmente, para que así no disminuya la producción y, por consiguiente, el consumo. Respecto a lo primero, o a las nuevas industrias, se puede afirmar sin temor a equivocación, que éstas, «hoy por hoy», no son tales, pues toda nueva industria, «hoy», todo nuevo invento, no es en general otra cosa que el perfeccionamiento de otros ya en uso; más todavía, que toda industria nueva no sólo no da cabida alguna a los desocupados, sino que, por el contrario, contribuye a desalojar mayor número de obreros, porque es muy sabido que todo invento, toda industria nueva, no es aceptada por los industriales, si a ellos no les reporta más beneficios que lo antiguo, ya en el aumento de la cantidad de producción, ya en el abaratamiento del combustible o en la disminución del personal.

Hoy, con la desenfrenada y desmedida competencia que existe entre todos los ramos, ¿en qué vienen a consistir de lleno las llamadas nuevas industrias? En que, si las camisas hoy se usan de hilo o algodón, por ejemplo, se les da al cliente, de papel, y así sucesivamente en todos los artículos, tanto alimenticios como de vestir, etc., etc.

Hoy, son las nuevas industrias, pura chafalonía.

Tocante a lo de los «nuevos mercados» en donde colocar el exceso de lo que se produce, no es cierto tampoco que se puedan hallar a satisfacción de los industriales; todo lo contrario: hoy, la mayoría de los países que antes eran mercados, o más claro, todos esos países que antes importaban mercaderías de países extranjeros, han reducido en gran cantidad la importación de las mismas, estableciendo industrias nacionales y que no sólo se conforman con abastecerse a sí mismos sino que tienen la pretensión de convertirse en países exportadores; es decir: dejan de ser mercados y a su vez corren en busca de otros en donde colocar los productos de su nueva industria nacional. Esto es lo que la inmensa mayoría de las naciones ha hecho y continúa haciendo.

(Terminará).

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—A. Rodriguez 3.40, F. O. P. de B. Aires 2.40, O. Río 0.20.

Armstrong.—G. Lopez 1.20 por int. de «La Antorcha»

Ayacucho.—B. Vidal, M Abades y B. del Río 2.00 cada uno por int. de «La Antorcha».

Buenos Aires.—F. Faragasso 3, A. Axman 1.00, F. García 1.00, Savoia 1.00, C. D. Fito 1.00, I. Itzcovich 0.50, F. Bazal 0.10, A. Mascaró 7.00, Ghiggia 1.00 por int. de «La Protesta», F. Rey 3.20 (los 5 por rifas fueron entregados) por int. de «La Antorcha», R. Berrini 1.20 y F. Ritsche 1.00, por int. ambos de la idem.

Bavio.—J. B. Cuartieri 2.00.

Baigorrita.—A. del Pozo 2.50 por suscripción y 0.60 como donación, J. Pereyra 0.50.

Balcarce.—V. Perrota T. 1.20.

Bahia Blanca.—G. Della Nina 3.60.

Córdoba.—O. Peralta 5.00.

Cipolletti.—A. Vivez 4.00 por paquete y donación.

Ensenada.—J. Buscavidas 1.90.

Gazcón.—B. Milisio 1.00.

General Pico.—J. Prince 6.00.

Los Gauchos.—G. Prieto 2.40 por int. de «La Pampa Libre».

La Plata.—V. H· Córdoba 1.00, Risto, venta «Ideas» 0.70, Juan Pesce 2.00, S. Tri 1.00, J. Camps 1.00, Souto, venta «Ideas» 6.50. R. G. 1.00, F. Hidalgo 1.00, Soc. O. Mosaístas 10.00 por Agosto y Septiembre, J. Cúneo 3.00, J. Ferrari 0.50, C. Rizzo 2.00, E. Izquierdo 0.70, U. Píccoli 1.00 E. Comotti 1.50, G. C. Chapa 1.00, O. Demo venta «Ideas» 1.00, F. Nisú 1.00, F. Lofeudo 0.20, M. Rodriguez 1.00, A. Souto 2.00, Rodriguez, resto de un viaje 0.50, A. Bouché 1.00, C. Martin 1.00, Fortini 0.50, J. Hernandez 2.00, J. Pucci 2.00, Souto y Sanchez venta «Ideas» 1.20.

Lanús.—J. Vargas 0.40.

Los Angeles.—J. Gandini y S. Guardiola 9.60.

Las Rosas.—Gennassi 2.00 por int. de «La Antorcha»

Mar del Plata.—D. Matarazzo 3.

Montevideo.—J. Goldemberg 4.00.

Madariaga.—V. Luengo 1.00 por suscrip. y 1.00 como donación, F. Lopez 3.00.

Necochea.—F. Martin 0.60 por suscrip. y 0.40 como donación, P. Gutierrez 1.20.

Pirovano.—M. Urtazún 0.60.

Puerto M. del Plata.—Bca. «Tierra y Libertad» 0.75 por int. de «La Protesta».

Pergamino.—J. Olcese 1.50, Lupoli 0.50, Bravo 0.90, Serreta 0.50, Vazquez 0.40, Duhalde 0.60, Fernandez 0.40, Colaberardino 1.30, Leonardo 0.60, R. García 0.70, Rojas 0.60, Martinez 0.80, Genevois 0.20, Maliaci 0.20, Lopez 0.60, todos por int. de «La Antorcha».

Quemú Quemú.—C. Cándano 1. por int. de «La Pampa Libre».

Rosario.—F. G. Infante 1.00, J. Galindo 1.00, D. Gutierrez 1.45.

Santa Fe.— F Aragón 3.00.

Saenz Peña.—T. Rubio 1.00 por int. de «La Antorcha».

Sarandí.—E. Diez 2.40·

Tamangueyú.—Soc. O. Varios 1.20 por int. de «La Protesta»

Tigre.—D. Ainstein 5.00 por int. de «La Protesta».

Villars.—L. Parra 0.50.

Valentin Alsina.—B. Delgado 1.

Villa Mercedes.—A. Funes 3,00.

Vela.—R. Serrano 2.00, I. Peralbo 3.20.

Total de entradas $ 176.30

Salidas.—Impresión del número anterior y del presente (2.600 ejemplares cada uno) $ 206.00. Franqueo para ambos y correspondencia $ 23.00. Total 229.00.

Del número anteanterior 112.40, más 176.30 de Entradas son 288.70, menos 229.00 de Salidas, restan para el siguiente número

—— $ 59.70. ——

Para «Lo que nosotros queremos»

La Plata.—A. Dukelski 2.00, Soc. O. Panaderos 10.00, Federación O. Local 10.00, S. Tri 3.00.

Pujol.—F. Nuciari 5.00.

Cipolletti.—A. Vivez 3.00.

Pirovano.—M. Urtazún 0.40.

Bavio.—J. B. Cuartieri 0·50.

Pergamino.—J. Olcese 6.00 por int: de «La Antorcha».

Para Comité Pro Presos de La Plata

Gral. Madariaga. — Victoriano Luengo 4.00.

Para Comité Pro Presos de Bs. Aires

Cipolletti.—Delgado 1.50.

Para Comité Pro Argüelles

Cipolleti.—Delgado 15.00.

Para «La Protesta»

Cipolletti.—Antonio Vivez 6.00.

Para «La Antorcha»

Gral. Pico.—J. Prince 1·20 de un suscriptor que les envió.

Bavio.—J. B. Cuartieri 1.00.

Para «La Pampa Libre»

Rosario.—M. Federico 2.00.

Cipolletti.—Antonio Vivez 1.20.

Para «Amor y Libertad»

Cipolletti.—Delgado 0.50.

Para «Nuestra Tribuna»

Cipolletti.—Antonio Vivez 2.40.

Para «La Voce Antifascista»

Cipolletti.—Aurelio Gonzalez 1.00. Envíenle el periódico·

Números devueltos

Pablo Planas, Damián Sanchez, Francisco Perez y Ramón Alconcher, de La Plata· Jaime Mari, de Berisso. José Barbieri, de Santa Fe.